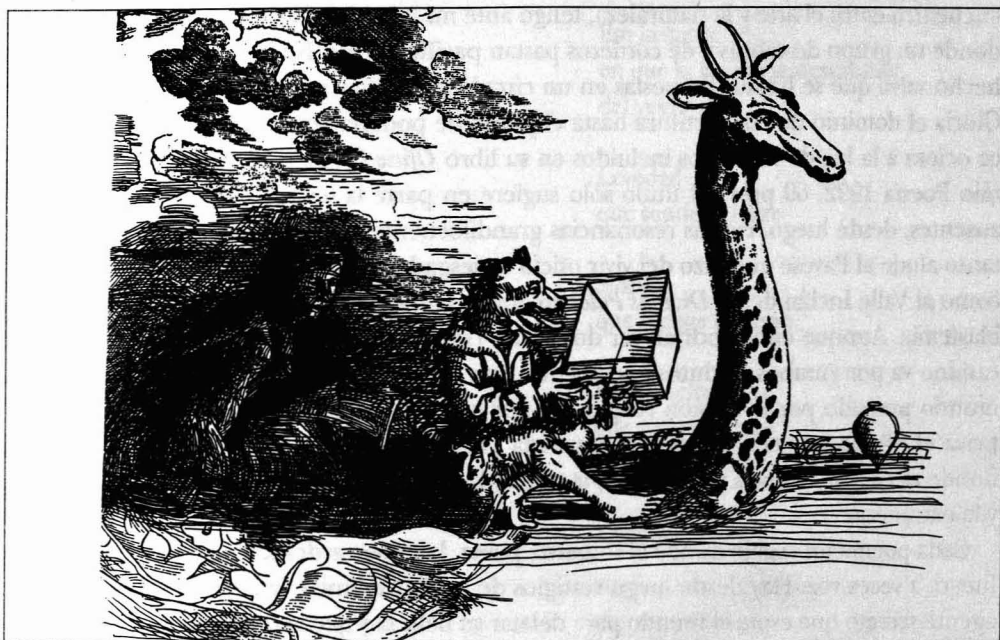


Cada poema un espejo



Conocí a Gloria Posada una tarde en la colombiana Medellín, en una reunión organizada por Fernando Rendón y Ángela García de la revista *Prometeo* durante el Festival de Poesía celebrado en 1992. Me llamó la atención su dignidad aérea y cierta seca concisión en sus respuestas, indicativa de una voz resuelta y no extensa de elegancia. Sin embargo, probablemente, en aquella ocasión, su laconismo se debió a esa charla o cháchara fácil que muchas veces nos engaña haciéndonos creer que nos aproximamos al otro cuando en realidad lo alejamos con el incienso de nuestra palabrería. En aquella ocasión el incienso gravitaba en torno a un libro que acababa de leer y que me había impresionado poderosamente: *Mansiones verdes* de aquel británico argentino venerado por Borges y estimado por los escritores de Bloomsbury W. H. Hudson.

En esa novela maravillosa aparece un personaje, un personaje casi sin precedentes en la literatura y que es plenamente real a pesar de que pueda evocar aquellos “personajes incorpóreos de cuentos de hadas y de poemas” al decir de Ezequiel Martínez Estrada. Ella se llama Rima y es una adolescente prodigiosa que sabe hablar con los seres de la selva y se mueve en el bosque con la misma libertad que la luz en el follaje. Mientras hablaba de Rima ante la taciturna Gloria y el travieso novelista R.H. Moreno Durán, no sospechaba yo cuántos virtuales puentes podían tenderse entre el mundo de W.H. Hudson y aquella persona que me escuchaba en impasible silencio. Intercambiamos poco a poco algunas frases y muy pronto el fantasma de mi lectura supo disolverse en la fronda de la conversación.

Supe luego que en aquella muchacha en apariencia frágil y vaporosa acechaba la voz de una palabra metálica y que tras aquel perfil que por momentos parecía tornarse distante e impreciso se erguía una vocación exigente, *dolente al stil nuovo*, atenta a la deuda gratuita

que todo artista ha contraído con su don al aceptarlo. Oí algunos de los poemas de Gloria recitados por ella misma mientras atravesábamos las atareadas calles de Medellín. Creí reconocer en su dicción el sello distinto de esa simetría que algunas veces se establece entre el fraseo escrito de los poemas y el aliento en vivo del poeta. Sin retórica y con aquella dureza pensativa y absorta de algunos versos que ha sabido arrancarse el poeta en la lucha con su sombra.

A pesar de ciertos idiomas previsibles, me pareció entender que aquella voz no se ejercía por lucimiento y que incluso "La soledad del espejo, la soledad de Narciso" era una soledad belicosa a la que era preciso un tributo, un "pacto". Luego vino la revelación de que, en efecto Gloria tenía cierto parentesco con la Rima de W.H. Hudson pues en los últimos años se había consagrado a un ejercicio que me asombró: La creación de arquitecturas efímeras con aves o con otros animales, coreografías vivas y animadas, en el límite del cálculo y de la espontaneidad, en la frontera misma, literalmente, del viento y el espíritu y donde la partitura es tanto una escritura como una lectura de las formas que la naturaleza permite. De ese encuentro entre el arte y la naturaleza, tengo ante mí la evidencia de una fotografía singular donde un grupo de cabras y de corderos pastan pacíficamente. Nada hay de particular en el hecho salvo que se hayan dispuestas en un círculo perfecto y espontáneo. ¿Ha desarrollado Gloria el dominio de esa partitura hasta el punto de poderla reproducir? La pregunta parece ociosa a la luz de los versos incluidos en su libro *Oficio Divino* (Col. Cultura, Bogotá, Premio Poesía 1992. 69 pp.). El título sólo sugiere en parte la textura del material. No están ausentes, desde luego, ciertas resonancias grandilocuentes, ciertos *déjà vu* en ese título que tanto alude al Pavese que hizo del vivir oficio arriesgado en constante tensión ética y estética como al Valle Inclán de las *Divinas Palabras* donde comparece una silueta esperpéntica de la blasfemia. Aunque éstos podrían ser dos de los riesgos o de los límites de Gloria Posada, su camino va por rumbos distintos y se adentra con sus fosforescencias e intermitencias en un mundo preñado por la alusión religiosa —por la nostalgia de lo sagrado— donde a su vez priva el dibujo por encima del color y cada poema es un mundo, una cristalina esquirla donde va cautiva la novia y la amante, la sibila y la sacerdotisa, la sed y la ausencia, la soledad y la extrañeza.

Cada poema un espejo donde al somarse, poeta, la mujer se desdobra en otra cosa, a veces fuego, a veces voz. Hay desde luego vestigios de un diario lírico, la agenda cotidiana de un agente secreto que espía el mundo para delatar su belleza y queda cautivada por su dolor.

Así se va pautando el territorio del enconio y el desencanto, habilitando el mapa donde habría de practicarse ese arduo oficio del comercio con lo sagrado al que Gloria Posada ha dedicado su primer libro pagándolo con la moneda viva de su experiencia. ◇

